Círculo Rojo
EDITORIAL

EL DESORDEN NO ES UN FALLO. ES UNA SEÑAL

HISTORIAS REALES DE TRANSFORMACIÓN A TRAVÉS DEL ORDEN

EL DESORDEN NO ES UN FALLO. ES UNA SEÑAL

HISTORIAS REALES DE TRANSFORMACIÓN A TRAVÉS DEL ORDEN

ESTHER TORRAS ESTEBAN

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: julio 2026

Depósito legal: SE 2385-2026

ISBN: 979-13-7060-340-3

Impresión y producción: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Esther Torras Esteban
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.
Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, ecológico.

Índice

Prólogo
Dos cotorras y un destino 11
AMore 15
Soy yo 16
Un sábado por la noche 17
Quién soy yo 21
El desorden no es un fallo. Es una señal 24
Cómo llegué aquí 26
Mi vida sin el orden sería otra 33
Soltar para seguir 34
Un hogar que sostiene 36
Ordenar para sobrevivir (mi etapa emprendedora) 38
Todo por duplicado. No, gracias. 40
Cuando el orden deja de ser físico 45
Cuando todo pesa demasiado 49
Cuando el orden devuelve la sonrisa 52
¿Por qué casi siempre llaman ellas? 56
Darse permiso 58
Cerrar para empezar 61
ELLAS 65
Amar también es apartarse 67
Cuando ordenar es volver a ser 70
Vivir sin vivir de prestado 73
El peso que no era suyo 76
Querer cambiar 79
El cementerio de objetos (Historia de un asesinato) 81
El portero de discoteca 85
Ordenar también es un acto de amor 88

Los recuerdos son ella 91
Pequeños pero valientes 95
Un hogar que respira 99
Cada proyecto empieza a cero 102
El hogar de los indios de David 105
El orden con alma 108
El orden no siempre salva 111
El amor no lo puede todo 114
El objetivo lo cambia todo 118
Anclada en un pasado que no volverá 120
Armarios que pesan 123
Cuando una hija quiere salvar a su madre 125
El orden también se aprende 129
Ella puede sola 132
Desde dentro 135
Ya sé lo que quiero 136
No solo hay historias, también hay método 140
Cuando dejas de decidir 144
Cuánto es el límite 146
El orden como camino compartido 150
Volver a ser 156
Empecé ordenando mi casa, y ordené mi vida entera 160
Dejarán de serlo 166
Mi libro llega a su fin 169
Donde todo cambia 171
Siempre he sido yo 172
Agradecimientos 173

PRÓLOGO
DOS COTORRAS Y UN DESTINO

Aunque pueda resultar chocante y hasta un punto repugnante, lo cierto es que mi amistad con Esther se la debo a las arañas. Sí, a algo tan opuesto a la «ordenología» como una invasión de arañas. Sucedió hace más de veinte años en Menorca, en un hotelito rural de cuyo nombre no creo que ninguna de las dos queramos acordarnos... Yo de hecho lo acabé rebautizando «Villa Tarántula», porque aquello cada día, al caer el sol, se convertía en un santuario de peludos arácnidos circulando en procesión y campando por sus respetos, que lo mismo te los encontrabas al pie de tu cama que en el interior de tu baño. Se ve que el miedo y el asco, fuera de Las Vegas, unen mucho. Así que Esther y yo, hermanadas por un repeluzno incontenible, enseguida trabamos lazos de solidaridad y complicidad tan firmes y duraderos como esas perchas ligeras que ella hoy, con gran acierto, recomienda para los armarios.

No había forma de salir de allí. Era agosto y Menorca estaba a reventar. Así que no nos quedó otra alternativa que el desahogo. Y decidimos irnos a cenar para convertir en brindis y risas aquel tormento. Allí estábamos nosotras: dos locuaces pequeñajas con mando en plaza y sendos maridos extranjeros que nos sacaban a cada una cabeza y media. Dos perfectas desconocidas que parecían conocerse de siempre. Enseguida comprendimos que tenía-

mos mucho en común. Aún no llegaba el segundo plato y ya nos habíamos contado toda nuestra vida. Ellos, mientras tanto, creo que hablaban de fútbol...

Aquello, como en Casablanca, fue el principio de una gran amistad que ya ha cumplido un cuarto de siglo y ha sido testigo de los innumerables vaivenes que a las dos nos ha ido dando la vida. Nada que no hayamos conseguido resolver, o al menos digerir, en interminables conversaciones y confidencias de amigas que son la mejor terapia. Nadie que no pertenezca a la estirpe de las cotorras o papagayas podría entenderlo. Creo que alguien nos preguntó alguna vez: «¿Pero cómo lo hacéis, os pedís turno?» Y no. No hace falta. Sencillamente, en cuanto una acaba, la otra continúa, y así la conversación fluye y fluye, hasta las tantas... De hecho, desde que vivimos en ciudades distintas, nos hemos impuesto el rito anual de juntarnos varios días en un lugar intermedio para celebrar nuestro particular «retiro espiritual» donde ponernos al día, reír, llorar y, sobre todo, charlar hasta quedarnos afónicas.

En todo ese tiempo he asistido con admiración y asombro al inagotable talento de Esther para reinventarse, a su infinita capacidad de trabajo y al entusiasmo y la entrega sin reservas con que asume cada nueva tarea... Pero nunca la había visto abrazar una vocación con una pasión tan genuina como la que lleva desempeñando en los últimos años. Más allá de las modas, de las «marikondos» y las influencers, yo creo que a ella lo que de verdad le mueve es la necesidad de ayudar. Lo sé porque la conozco bien, y además de buena vendedora de su producto (que lo es, como digna hija de «botiguers»), Esther por encima de todo, por encima incluso de «ordenóloga», es «buenóloga» y «generosóloga», porque solo desde la bondad, la autenticidad y la generosidad se puede llegar a la excelencia en una profesión tan humana como la que ella ha elegido.

Hija de una madre hiperorganizada, yo he sido desde niña una desordenada empedernida. Con decir que a mis ocho años

mi compañera de clase (por pena, imagino) me ordenaba el pupitre... Con el tiempo, sin embargo, muté en «falsa ordenada», una de esas personas cuya casa luce impecable... Hasta que abres un armario. Una impostora, vaya. Para mí las cosas se desordenan solas, cuando no las miramos. Hace tiempo que sospecho de la vida secreta de los cables. Esa promiscuidad nocturna que lleva a cargadores, conectores y enchufes de toda ralea a aparecer enredados cuando vuelves a sacarlos del cajón cada mañana.

Por eso lo de Esther me maravilla, su claridad mental a la hora de organizar, ordenar y estructurar. A mí me ayudó por puro cariño (bueno, y por vicio, porque a ella ordenar le pone, para qué engañarnos) a aligerar mi trastero y también (esto fue más peliagudo) en la dolorosa tarea de vaciar los armarios de mi difunta madre, cuando yo llevaba más de un año sin atreverme a tocarlos.

Son solo dos pequeños ejemplos de sus increíbles logros. Pero tengo para mí que, exageradamente currante y tozuda como es, esta mujer en realidad se ha propuesto la titánica tarea de ordenar el mundo. Solo para hacerlo un lugar más feliz y más armónico. Yo la creo capaz de conseguirlo. Lo dice una de sus peores discípulas pero también (y de esto sí que presumo), una de sus mejores amigas.

Arantza Furundarena

AMore

Gracias por reírte conmigo… Incluso cuando juntos, nos reímos de mí.
Gracias por apoyar mis locuras.
Gracias por mirarme viendo más allá.
Gracias por dejarme ser yo, siempre, incluso cuando me da miedo serlo.
Y solo me queda quererte más.
Mis páginas son tuyas.
Estas palabras también son tuyas.
Mi vida es mía… pero contigo a mi lado.
Siempre.
TVTB, para siempre.

Soy yo

Hubo un tiempo en que creí que sin ti no podría nada.
No podría sin ti.
No respiraría sin ti.
No avanzaría sin ti.
No sería mejor sin ti.
No podría sin ti.
Sin ti no sería lo que soy.
Sin ti no habría este libro.
Sin ti no brillaría.
Sin ti no avanzaría.
Sin ti no creería en mí.
Sin ti no soy yo.
Pero sí.
Puedo porque soy yo.
Respiro porque soy yo.
Avanzo porque soy yo.
Mejoro porque soy yo.
Quiero porque soy yo.
Porque soy yo. Y siempre lo he sido.
Soy yo la que puede.
La que respira.
La que avanza.
La que busca ser mejor.
La que puede por sí misma.
La que quiere.
La que está aquí.
La que también teme.
Y aun así, avanzo.
Y desde ahí empieza todo lo que estás a punto de leer.

Un sábado por la noche

Estoy aquí un sábado por la noche.

23:29.

Lo marca el reloj del ordenador mientras decido empezar algo que llevo tiempo rondando y que, si soy honesta, me da bastante vértigo.

Porque no es solo empezar a escribir.

Es empezar a exponerme.

Y si la sinceridad va a ser una condición en estas páginas —y lo será— tengo que reconocer que mi primer pensamiento no ha sido ilusionante. Ha sido conocido.

«Seguro que lo dejas».

No sería la primera vez que empiezo algo con entusiasmo y, a mitad de camino, me asaltan las dudas. Mi diálogo interior es rápido. Muy rápido. Muchas veces, más rápido que mis ganas.

Pero luego me digo a mí misma: cierto, has empezado muchas cosas. Recuerdo haber hecho clases de piano —no recuerdo ni por qué—, pero duré nada y lo mismo. Ballet, un recital que recuerdo casi con vergüenza y se acabó el interés. Natación, pintura, guitarra, teatro… Incluso básquet. Eso sí que se veía venir que no iba a dar para mucho: mi 1,55 m lo hacía evidente. Lo empecé todo y lo dejé casi todo.

También he sido de las que dejó los estudios. No era mi momento, hasta que lo fue y lo conseguí. Un desastre para los idiomas, y eso que hablar es lo mío, pero insistí y ahora hablo francés e italiano.

También he emprendido muchas veces. Y casi todas, con éxito.

Todo ello me hace parar, respirar y decirme a mí misma: ¿por qué no esta vez? Escribir este libro, aunque sea para mí. Igual, solo lo leerán mi familia y amigos. Pero para mí, ya será un triunfo, porque ha servido para entender que sí puedo.

Uf… pero, pero, pero…

Vuelven a asaltarme mis cientos de dudas y mis pensamientos se van a esa parte de mí que aparece cuando no la necesito y me asaltan cientos de preguntas…

¿Otro libro sobre orden?

¿Para qué?

¿Qué tienes tú que decir que no se haya dicho ya?

¿A quién le va a interesar?

Podría seguir horas.

Podría incluso cerrar el ordenador ahora mismo y quedarme tranquila pensando que fue solo una idea más.

Pero esta vez no.

Y no porque tenga más confianza. Soy de las que confían en sí misma muchas veces y otras tantas, desconfía de esa misma confianza. Tampoco porque crea que será sencillo. Aunque ahora parece que debe serlo, porque no hay quien no escriba un libro. Ya veis en qué estoy yo.

Si lo hago, solo me quedará plantar un árbol. Porque hijos ya los tengo. Y de este modo habré cumplido la célebre frase del poeta cubano José Martí: *«Tener un hijo, plantar un árbol y escribir un libro»*, como símbolo de las tres metas fundamentales para trascender en la vida: crear vida, cuidar la naturaleza y dejar un legado intelectual.

Aunque lo del árbol creo que lo dejo para otro momento, porque la naturaleza —en su versión verde— no es lo mío. Se muere cualquier cosa verde que tenga en mi casa.

Tampoco pienso que tenga algo extraordinario que contar.

El motivo es simple: lo escribo porque lo necesito. Necesito escribirlo. Y eso, queridos lectores —o quizá debería decir familia y amigos— lo cambia todo.

También he pensado que esa necesidad puede ser por vosotras, seáis quienes seáis. Pero todavía no os conozco, o igual sí. Aun así, no quiero empezar prometiendo algo que no sé si sabré sostener.

Digo vosotras porque el 99 % de las personas con las que trabajo son mujeres; significa que alguien que lo lea que no sea fa-